

DEL MISMO AUTOR:

Nosotros, el pueblo
La verdad sobre el socialismo
Los bienes terrenales del hombre
Cuba, anatomía de una revolución (con Paul M. Sweezy)
"Whither Latin America" (con Paul M. Sweezy - en preparación).

Colección
DOCUMENTOS
4

• Título del Original en inglés:

"MAN'S WORDLY GOODS - The History of the Wealth of Nations"

Publicado por:

- Harper & Brothers - New York, 1936
- Monthly Review Press - New York, 1952
- Monthly Review Press - New York, 1959
- Monthly Review Press - New York, 1961

© - Merayo Editor -
Buenos Aires - Argentina - Diciembre 1969
Queda hecho el depósito de la ley 11.723.
Todos los derechos reservados en español.
Impreso en Argentina.

LEO HUBERMAN

LOS BIENES
TERRENALES
DEL HOMBRE

(Historia de la riqueza de las naciones)

SEGUNDA EDICION

MERAYO EDITOR
Buenos Aires

CAPÍTULO XIV

¿DE DONDE VINO EL DINERO?

Dos hombres «hacen cola» junto a la taquilla de un teatro de la ópera. A su turno, cada uno de ellos paga \$ 9.90 por tres lunetas a \$ 3.30 cada una. Cuando uno se separa de la taquilla, se le unen dos amigos, con quienes entra en el teatro y esperan a que se levante el telón. El otro comprador también se separa de la taquilla, pero pasa la calle y, ya en la acera frente al edificio, comienza a proponer los billetes que compró a los transeúntes. Puede ser que los venda a \$ 4.40 cada una (es lo que pide, con sobreprecio de \$ 1.10), puede ser que no consiga venderlos. Eso no importa.

¿Hay alguna diferencia entre sus \$ 9.90 y los del otro hombre? Sí. El dinero del Especulador es *capital*. El del Espectador, no. ¿Pero dónde está la diferencia?

El dinero es capital solamente cuando se lo usa para comprar artículos de trabajo, con objeto de venderlos otra vez, con utilidad. El Especulador no quería ver la función teatral. Invertió \$ 9.90 con la esperanza de recuperarlos, más algún dinero. Por consiguiente, sus \$ 9.90 actuaban como capital. El Espectador, por otra parte, pagó sus \$ 9.90 sin la menor idea de volver a tenerlos: sólo deseaba ver la función. Su dinero no actuaba como capital.

De manera semejante, cuando el pastor vendía su lana por dinero, para comprar pan y comer, no empleaba aquél.

como capital. Pero cuando el comerciante compró la lana, esperando venderla otra vez a un precio más alto, usaba su dinero como capital. Así, cuando el dinero es dedicado a una transacción que rinde o promete rendir una ganancia, se convierte en capital. Es la diferencia que hay entre vender para comprar y consumir (pre-capitalista), y comprar para vender y hacer una ganancia (capitalista).

Pero ¿qué es lo que el capitalista típico compra con objeto de venderlo y ganar? ¿Son billetes de entrada a los teatros? ¿O lana, o automóviles, o sombreros, o casas? No. No es ninguna de estas cosas y sin embargo, es parte de todas ellas. Hable con un obrero industrial. El le dirá que lo que su patrono le paga en jornales es su capacidad para el trabajo. Así, pues, es la fuerza de trabajo del obrero lo que el capitalista compra para vender y hacer utilidades; pero es obvio que el capitalista no vende la fuerza de trabajo de su asalariado. Lo que vende, con ganancia, es el artículo que la fuerza de trabajo del obrero ha transformado de materia prima en producto acabado. La utilidad viene del hecho de que el trabajador recibe en jornales, menos del valor de lo que ha producido.

El capitalista es dueño de los medios de producción, edificios, maquinarias, materias primas, etc. El compra fuerza de trabajo. Es de la asociación de todo ello de donde viene la producción capitalista.

Obsérvese que el dinero no es la única forma del capital. Un industrial de hoy puede tener poco o ningún efectivo y, sin embargo, ser el poseedor de un fuerte capital, porque es dueño de los medios de producción, que son su capital, el cual crece según compra fuerza de trabajo.

Una vez que una industria moderna comienza su labor, hace sus propias ganancias y acumula su capital propio muy rápidamente. Pero ¿de dónde vino el capital, al principio, antes que la industria moderna comenzase? Es una cuestión importante, porque sin la existencia de capital acumulado, el capitalismo industrial, tal como lo conocemos, no habría sido posible. Como tampoco lo habría sido

sin la existencia de una clase trabajadora, libre y desposeída, es decir, de gentes que tienen que trabajar para otros para vivir. ¿Cómo fueron creadas estas dos condiciones?

Se podría contestar que el capital necesario para iniciar la producción capitalista vino de esos seres cuidadosos que trabajaron tenazmente, gastaron sólo lo que tenían que gastar y acumularon sus ahorros, poco a poco. La gente ahorró, por supuesto, pero no fue por ese camino como acumuló primeramente el capital. Es una bonita explicación, aunque es lástima que no sea completamente cierta. La verdadera historia no es tan hermosa.

Antes de la Era capitalista, el capital se acumuló principalmente a través del comercio, un término elástico que significaba no sólo el intercambio de productos sino que se extendía hasta incluir la conquista, la piratería, el saqueo y la explotación.

No por gusto, las ciudades-Estados italianas ayudaron a la Europa Occidental en las Cruzadas. El fin de aquellas guerras «religiosas» encontró a Venecia, Génova y Pisa en el control de un rico imperio. Los conquistadores italianos tuvieron entonces la principal de sus oportunidades. Un río de riquezas corrió del Oriente a las manos en espera de sus traficantes y banqueros. Una de las primeras autoridades sobre este tema, Mr. John A. Hobson, dice de este comercio italiano con el Oriente: «Así, en época temprana, fue fundado el provechoso tráfico que suministró a la Europa Occidental la acumulación de riqueza requerida para el ulterior desarrollo de los métodos capitalistas de producción».

Si Mr. Hobson es exacto, debemos buscar los comienzos de la organización capitalista en la península italiana. Y fue allí, en los siglos XIII y XIV y aún antes, donde los hallamos. Pero, por grande que fuera aquel tesoro del Oriente, no era bastante. Se necesitó una nueva y mayor afluencia de capital antes de que la Era capitalista realmente pudiera ponerse en marcha. Fue a partir del siglo

XVI cuando el capital empezó a acumularse en cantidades enormes, suficientes para afrontar las necesidades. Karl Marx, otra autoridad eminente sobre la evolución del capitalismo moderno, lo resume con estas palabras: «El descubrimiento de oro y plata en América, el exterminio, esclavización y entierro en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales y la conversión de África en un coto comercial para la caza de negros señalan el rosado amanecer de la Era de la producción capitalista. Estos procedimientos idílicos son los momentos determinantes de la acumulación primitiva».

¿Le interesaría escuchar una narración de crueldades, asesinatos y torturas que harían aparecer las actividades de los «gangsters» de nuestro siglo XX como una fiesta de niños? Pues pregunte a un indio mexicano o peruano que le cuente cómo fue el primer encuentro de sus ascendientes con el hombre blanco, en el siglo XVI. Se les impartió a los nativos, el cristianismo y, con éste, el trabajo forzado en las minas, palizas brutales y la muerte. ¡Pero qué tremenda cantidad de oro y plata los conquistadores sacaron para embarcarla hacia el Viejo Mundo, donde fueron a parar eventualmente a las manos de los comerciantes y banqueros! (Y el oro y plata en tales manos no quedaron ociosos. Se los utilizó para dar crédito, o para préstamos a los fabricantes, o en el comercio, en forma de grandes cantidades de dinero. En una palabra, fue capital).

Hernán Cortés y Pizarro, los conquistadores de México y Perú, eran españoles y los españoles, por largo tiempo, han sido notorios por la dureza de su tratamiento a las colonias. Pero ¿y los holandeses? ¿Eran diferentes sus métodos?

Sir T. S. Raffles, quien fue teniente-gobernador en la isla de Java dice que no. Y describe la historia de la administración colonial, por Holanda, como «una de las más extraordinarias relaciones de traiciones, sobornos, masa-

res y vilezas». Estimó que las ganancias de la Dutch East Indian Company, de 1613 a 1653, fueron de 640 mil florines anuales.

He aquí un ejemplo de los procedimientos holandeses para acumular ese capital: «Para tener a Malaca, los holandeses sobornaron al gobernador portugués, quien les permitió entrar en la ciudad en 1641. Inmediatamente, se dirigieron a su casa y le asesinaron, para «evitarse» el pago de 21.875 libras esterlinas, que fue el precio de su traición. Dondequiera que los holandeses ponían la planta, seguían la devastación y la despoblación. Banjuwangi, una provincia javanesa, en 1750, tenía más de ochenta mil habitantes y, en 1811, sólo 18.000 «¡Dulce comercio!».

Así, Holanda acumuló el dinero que necesitaba para convertirse en la principal nación capitalista del siglo XVII.

A su vez, Inglaterra se ciñó la corona del país capitalista más importante del mundo. ¿Dónde y cómo Inglaterra adquirió el capital necesario? ¿Mediante el trabajo tenaz, una existencia cuidadosa o acumulando ahorros? No lo crea.

W. Howitt, en su libro *Colonización y Cristiandad*, publicado en Londres en 1838, cita a un escritor en el *Oriental Herald*, quien expresó lo siguiente sobre los ingleses en la India: «Nuestro Imperio no es un imperio de opinión; no es siquiera un imperio de leyes. Ha sido adquirido y es todavía gobernado... por la influencia directa de la fuerza. Ninguna porción del país ha sido voluntariamente cedida... Se nos permitió primero desembarcar en la costa marítima para vender nuestras mercancías... Sin embargo, gradualmente, unas veces por la fuerza y otras veces por el fraude, hemos destituido a los antiguos soberanos del país, hemos despojado a los nobles de sus poderes, y drenando continuamente la industria y los recursos del pueblo, hemos tomado de éste todos sus sobrantes y su riqueza disponible».

Este señor parece estar airado, ¿verdad? Pues más airado estaría usted de haber vivido en la India por los años

1769 y 1770. En esa época, vería millares de nativos morir de hambre. ¿Era que no había suficiente arroz? Nada de eso: el arroz sobraba. ¿Y, entonces? Sencillamente, los ingleses habían comprado todo el arroz y no lo vendían, a no ser a precios fabulosos, que los miserables nativos no podían pagar.

El comercio con las colonias trajo riqueza a la madre patria, y construyó las primeras fortunas de los traficantes europeos. Particularmente interesante, como fuente de acumulación de capitales, fue el tráfico en seres humanos, los indígenas de piel negra de Africa. En 1840 el profesor H. Merivale dio una serie de conferencias, en Oxford, sobre «Colonización y Colonias». En el curso de una, hizo dos preguntas importantes y entonces dio una respuesta igualmente importante: «¿Qué elevó a Liverpool y Manchester de poblaciones provincianas a ciudades gigantes? ¿Qué mantiene ahora su industria siempre activa y su rápida acumulación de riqueza?... Su presente opulencia es tan realmente debida a los afanes y sufrimientos del negro, que pudiera decirse que éste con sus manos excavó sus muelles y fabricó sus máquinas de vapor».

Está de moda en estos tiempos burlarse de los profesores. Pero ¿el profesor Merivale hablaba sin saber lo que decía? No. Es que él probablemente había leído la petición elevada a la Cámara de los Comunes por los comerciantes de Liverpool, en 1788, en réplica a varias personas equivocadas que habían tenido el mal gusto de sugerir que el horrible comercio con seres humanos vivos era indigno de un país civilizado: «Vuestros Peticionarios, por consiguiente, contemplan con verdadera preocupación las tentativas que ahora se hacen... para lograr la abolición total del tráfico de Esclavos Africanos, el cual... durante una larga serie de años, ha constituido y todavía continúa formando una rama muy extensa del comercio de Liverpool... Vuestros Peticionarios humildemente suplican ser oídos... contra la abolición de esa fuente de riqueza...».

Los portugueses comenzaron el tráfico de esclavos negros en los inicios del siglo XVI. Las demás naciones civilizadas de Europa les siguieron inmediatamente. (Los primeros esclavos africanos llegados a los Estados Unidos fueron transportados en un barco holandés, en 1619). El primer inglés que concibió la idea de que había mucho dinero que ganar apoderándose de negros indefensos, en Africa y vendiéndolos como «materia prima» para hacerlos trabajar, hasta morir rápidamente, en las plantaciones del Nuevo Mundo, fue John Hawkins. La «buena reina Isabel», se formó tan bella opinión de la labor de este asesino y secuestrador, que lo ennobleció después de su segunda exposición como traficante de esclavos al Africa. Fue entonces cuando *Sir* John Hawkins, quien había seleccionado para su blasón heráldico la figura de un negro encadenado, alardeó ante Richard-Hakluyt de sus proezas en el inhumano tráfico. He aquí la encantadora relación que Hakluyt dejó sobre las confesiones de Hawkins, refiriéndose a su primer viaje, en 1562-63: «Y habiéndole, entre otros particulares, asegurado que los Negros eran muy buena mercancía en «La Española» (Santo Domingo), que cantidades de ellos podían ser fácilmente obtenidos en la costa de Guinea, resolvió hacer una tentativa y comunicó esa idea a sus respetables amigos en Londres... Todos los cuales gustaron tanto de su intención que se hicieron contribuyentes liberales y aventureros en la acción. Para cuyo propósito, inmediatamente, se proveyó de tres buenos barcos... De allí, pasó a Sierra Leona, en la costa de Guinea... donde estuvo algún tiempo y se apoderó, parcialmente por la espada y parcialmente por otros medios, de un total de 300 Negros, por lo menos, además de otras mercancías que el país produce. Con esta presa, salió al Océano y (vendió) todos sus Negros: por los cuales recibió... a cambio, tal cantidad de mercancías, que no sólo cargó sus tres buques con cueros, jengibre, azúcar y ciertas cantidades de perlas, sino que pudo fletar otras dos naves... Y, así, con próspero éxito

y mucha ganancia para sí mismo y los aventureros mencionados antes, vino a la patria...».

La Reina Isabel quedó impresionada con «el próspero éxito y mucha ganancia» y quiso ser un asociado en cualesquiera utilidades en el futuro. Y, para la segunda expedición del traficante de esclavos Hawkins, la Reina prestó un barco, cuyo nombre era «Jesús».

Conquista, piratería, saqueo, explotación —o comercio— fueron los medios con los cuales se acumuló el capital necesario para iniciar la producción capitalista. No sin razón Marx escribió: «Si el dinero viene al mundo con una mancha de sangre congénita en su mejilla, el capital viene chorreando de la cabeza a los pies, por cada poro, sangre y suciedad». La conquista, la piratería, el saqueo, la explotación —el comercio— fueron los medios efectivos. Trajeron enormes ganancias, sumas fabulosas, un creciente abastecimiento de capital.

Pero era necesario algo más que capital acumulado, para que la producción capitalista en gran escala pudiese comenzar. El capital no puede ser utilizado como capital, es decir, para rendir una utilidad, hasta que haya trabajo suficiente para rendir esa utilidad. Era también necesario un adecuado abastecimiento de fuerza de trabajo.

En el siglo XX, con desempeño por doquier, con los obreros deseando y anhelando aceptar cualquier labor que encuentren, es difícil para nosotros comprender que hubo un tiempo en que conseguir trabajadores para una industria era un verdadero problema... Nos parece «natural» que debe existir una clase de pueblo dispuesta a entrar en una fábrica para trabajar por un salario. Sin embargo, no es «natural». Un hombre trabajará para otro sólo cuando no tiene más remedio. Mientras un hombre tenga acceso a la tierra donde pueda producir por sí mismo, no trabajará para otro. La historia de los Estados Unidos lo prueba. Mientras hubo tierra libre o barata en el Oeste, hubo un Movimiento hacia el Oeste de gentes ansiosas de tierras, lo cual significó que los brazos escasearon en el

Este. Lo mismo ocurrió en Australia: «Cuando la colonia del río Swan fue fundada... Mr. Peel... tomó con él... 50 mil libras esterlinas y 300 individuos de las clases trabajadoras, pero todos fueron fascinados por la perspectiva de obtener tierras... y, en poco tiempo, Mr. Peel se vio sin un sirviente que le hiciera la cama o le trajera agua del río». Compadezcamos a Mr. Peel, quien tuvo que hacerse su cama sólo porque no se dio cuenta de que, en tanto los trabajadores tengan acceso a los propios medios de producción —en este caso la tierra— no trabajarán para nadie.

Y lo que es cierto, para quienes la tierra es el medio de producción, es también cierto para los que el medio de producción son su taller y herramientas. Mientras esos obreros puedan usar lo suficiente para sacar productos que vendidos les den lo suficiente para vivir, tampoco trabajarán para nadie. ¿Por qué habrían de hacerlo?

Es solamente cuando los trabajadores no son dueños de la tierra ni de las herramientas —solamente cuando han sido separados de estos medios de producción— cuando van a trabajar para otros. Y no es porque quieran hacerlo, sino porque tienen que hacerlo con objeto de obtener el dinero preciso para comprar alimentos y ropas y pagar el albergue en que viven. Despojados de los medios de producción, los obreros no tienen donde escoger; han de vender lo único que se les deja, su capacidad para trabajar: su fuerza de trabajo.

La historia de cómo se consiguió la cantidad de trabajo necesaria para la producción capitalista debe ser entonces la historia de cómo se privó a los obreros de sus medios de producción. «Por consiguiente, el proceso que despeja el camino al sistema capitalista no puede ser otro que el proceso que transforma, de un lado, los medios sociales de subsistencia y de producción en capital; de otro, a los productores inmediatos (los obreros) en trabajadores a jornal... El productor inmediato, el obrero, sólo puede disponer de su propia persona después que

ha cesado de estar dedicado al suelo, y ha cesado de ser el esclavo, siervo o arrendatario de otro. Para llegar a ser un vendedor libre de su fuerza de trabajo, que lleva su producto dondequiera que encuentre un mercado, debe haber escapado al régimen de los gremios, de sus reglas para aprendices y jornaleros y de los impedimentos de sus regulaciones laborales. . . Estos nuevos hombres libres han venido a ser vendedores de sí mismos, sólo después que han sido despojados de todos sus medios propios de producción y de todas las garantías de existencia proporcionadas por los antiguos arreglos feudales. La historia de esto, su expropiación, está escrita en los anales de la Humanidad con letras de sangre y fuego».

Fue en Inglaterra donde el capitalismo en gran escala se desarrolló primero y, por eso, sus orígenes son más claros allí. Hemos visto en los capítulos anteriores cómo las limitaciones y las rentas abusivas del siglo XVI echaron a muchos campesinos de las tierras a los caminos, donde se convirtieron en mendigos, vagabundos o ladrones. Fue entonces cuando se creó una clase trabajadora, sin propiedades.

Las limitaciones aparecieron otra vez en el siglo XVIII y primera parte del XIX, pero mucho más extensa y, así, el ejército de infortunados sin tierra que tenían que vender su fuerza de trabajo por jornales, también aumentó de manera tremenda. Las limitaciones del siglo XVI afrontaron una gran resistencia, no sólo de los desposeídos, sino también del Gobierno, temeroso de las violencias por parte de las masas obligadas a morir de hambre; mas, a los del siglo XVIII, se les dio una forma legal. Leyes limitativas hechas por un Gobierno de grandes terratenientes y para los terratenientes estuvieron a la orden del día. El trabajador con tierras se transformó en el trabajador sin tierras y dispuesto, por consiguiente, para ir a la industria como asalariado.

Aunque las «limitaciones» fueron lo más típico de Inglaterra, también tuvo lugar en menos extensión en el

Continente. Una prueba de esto aparece en la siguiente queja que los campesinos de Cheffes, en Francia, a sus diputados en los Estados Generales de 1790: «Los residentes en Cheffes, en Anjou, tienen el atrevimiento de presentar a Uds. . . sus deseos, demandas y quejas, con respecto a las comunas (tierras tenidas en común) de su parroquia (jurisdicción), de la cual ciertos individuos, ricos o pobres o codiciosos, han tomado posesión, injustamente. . . La comunidad de esta parroquia. . . ha sido privada de aquéllas por un fallo del Consejo, dando en favor de los señores de Cheffes. . . Los residentes sólo disponen de dichas tierras sin auxilio y reducidos a extrema pobreza. Un nuevo sistema creado por los economistas pretende hacer ver al pueblo que las comunas no son buenas para la agricultura; poderosos señores, hombres de dinero, se han enriquecido con los despojos de las parroquias del país, invadiendo sus tierras comunes. . . Nada más precioso para ciertas parroquias que los pastizales; sin ellos, el cultivador no puede mantener el ganado, y, sin ganado, no tiene estiércol y ¿cómo puede esperar buenas cosechas sin el abono?».

La pérdida de sus derechos tradicionales, de lo cual se quejaban estos campesinos franceses, afectó también a los campesinos ingleses muy severamente. Para que los cultivos tengan éxito, debe proveerse a la manutención de los animales. Cuando el campesino perdió sus derechos a la comuna, este hecho le significó un desastre. Naturalmente, se encolerizó contra los señores feudales que le privaron de esos derechos, y contra el gobierno, que hizo cumplir las medidas que lo desalojaron de la tierra. Su resentimiento se reflejaba en esta pequeña rima popular de aquellos tiempos:

La ley encarcela al hombre o la mujer
Que le roba la comuna al ganso.
Pero deja suelto al más villano
Que roba un ganso de la comuna;

No piense el lector que los terratenientes estaban expulsando a los campesinos de las tierras para suministrarle una fuerza de trabajo a la industria. Nunca se les ocurrió eso. Lo único que les interesaba era obtener las mayores utilidades a expensas de la tierra. Si les hubiera valido más dinero no cerrar, pues no hubieran cerrado. Pero, por el contrario, les representaba más dinero con las «limitaciones» que dejan las tierras disponibles. Arthur Young, en su recorrido a través de Shropshire, en 1776, señala esto: «Las rentas devengadas por las limitaciones son generalmente duplicadas. A tres millas de Daventry, hay, en Bramston una "limitación" hace sólo un año... El campo abierto rendía al propietario de 6 chelines a 10 ch. el acre; pero ya, encerrado, paga de 20 ch. a 30 ch.».

Quizá el ejemplo más infame del arrebato de las tierras a los desventurados trabajadores que siempre habían vivido en ellas es el de la duquesa de Sutherland, en Escocia. Marx cuenta la historia así: «Donde no hay ya campesinos independientes que expulsar, comienza la "limpieza" de las parcelas; así que los agricultores no encuentran en el suelo cultivado por ellos ni aun el lugar necesario para tener su casa... Como un ejemplo del método aplicado en el siglo XIX, la "limpieza" realizada por orden de la duquesa de Sutherland es suficiente. Esa dama, bien instruida en economía, resolvió cambiar la comarca entera, cuya población había sido, mediante procesos anteriores de la misma clase, reducida a quince mil almas, trocándola en una dehesa de ovejas. De 1814 a 1820, esas quince mil personas, unas tres mil familias, fueron sistemáticamente perseguidas y desarraigadas. Todas sus aldeas fueron destruidas y quemadas y todos sus campos convertidos en pastizales. Los soldados ingleses efectuaron el desahucio y pelearon con los campesinos. Una mujer anciana murió quemada viva al ser incendiada su choza, que rehusó abandonar. De esa manera la elegante dama se apropió de 794 mil acres de tierra, que,

desde tiempo inmemorial, habían pertenecido al clan (tribu)».

Desde el siglo XVI hasta los principios del XIX, en Inglaterra el proceso de privar al campesino de la tierra continuó. En Francia, la clase del pequeño terrateniente campesino creció; pero, en Inglaterra, donde el capitalismo industrial se desarrolló más rápidamente que en ninguna parte, la misma clase fue casi completamente barrida. El Dr. R. Price, un escritor del siglo XVIII, narra lo que pasó: «Cuando esta tierra quede en manos de unos pocos agricultores, la consecuencia ha de ser que los pequeños agricultores se convertirán en un cuerpo de hombres que ganen la subsistencia trabajando para otros... Las ciudades y fábricas aumentarán, porque más personas se desplazarán hacia ellas, en busca de lugares y empleos... su conjunto, las condiciones de los estratos inferiores humanos serán alteradas en todos sentidos, siempre para lo peor. De pequeños ocupantes de la tierra, se verán reducidos al estado de jornaleros y asalariados».

Esa es una exposición exacta del caso. Forzados a salir de sus tierras, a capas inferiores de la sociedad, tuvieron que ser jornaleros. Las «limitaciones», entonces, fueron uno de los principales medios que hicieron disponible el necesario abastecimiento de trabajo. Pero hubo otros medios. Uno de ellos no fue tan espectacular como era obvio, pero afectó a mucha gente. Fue el sistema de factorías que finalmente divorció al trabajador de los medios de producción de la industria, como ya había sido divorciado de la tierra.

En los Diarios de la Cámara de los Comunes de 1806, el Informe del comité nombrado para «considerar el Estado de la Manufactura de la Lana en Inglaterra», expresa que, «por largo tiempo, ha habido unas cuantas fábricas en la vecindad... que fueron objeto de celos por los Pañeros Domésticos. Se han expuesto las más serias aprensiones... por miedo que el sistema de Factorías gradualmente desarraigue el Doméstico; y por miedo a que el

pequeño Maestro Manufacturero independiente, que produce por cuenta propia, se hunda en el trabajo a jornal».

Lo que eran «serias aprensiones» en este Informe de 1806 fue realidad más tarde. Fácilmente se puede ver por qué. El sistema de fábricas con su maquinaria de vapor, y la división del trabajo, podía entregar los productos acabados más rápido y más barato que los obreros manuales. En la competencia entre el trabajo a máquina y el trabajo a mano, el primero había de ser triunfador, y triunfó. Y millares de «pequeños Maestros Manufactureros independientes» (independientes porque eran dueños de sus herramientas, sus medios de producción) descendieron a la posición de «trabajar por un jornal». Muchos de ellos sufrieron hambre por largo tiempo antes de someterse, pero, al fin, tuvieron que hacerlo.

Otro Informe a la Cámara de los Comunes, del Asistente de los Comisionados de los Tejedores Manuales, en 1840, contiene esta evidencia demostrativa de por qué fue inútil que los tejedores a mano persistiesen en sus obsoletos medios de producción: «La competencia, la gran causa de la reducción de jornales... al intentar ganar la competencia vendiendo cada uno más barato que el otro, ha producido grandes cambios. El oficio del tejedor, quien ayudado por su familia u otros, hacía solamente unas pocas piezas, ha sido absorbido por los grandes fabricantes. Muchos de los que fueron maestros se vieron reducidos a jornaleros; la pobreza los desposeyó de todo».

Tal vez la prueba más convincente del hecho de que el obrero manual fue vencido por la baja de precios debida a la competencia de la máquina, la da este extracto del famoso libro de Philip Gaskell publicado en 1836. «Desde la introducción del vapor, un cambio muy extraordinario y muy doloroso se ha efectuado en la condición del tejedor manual, de cuya labor puede decirse, justamente, que ha sido aplastada por la máquina de vapor... Los precios pagados por tejer una clase particular de paño, según lo muestra la siguiente tabla, expondrán la ex-

traordinaria depreciación que ha tenido lugar en el valor de estas especies de trabajo:

1795	39/9
1810	15/0
1830	5/0

«Y esto no es un ejemplo aislado, sino de todo el trabajo relacionado con la manufactura textil a mano».

Esa declinación en los precios pagados por los tejidos a mano dice la triste historia. No pudiendo ya ganarse la vida por más tiempo, el tejedor vendió (si pudo) su telar, es decir, sus medios de producción. Su próximo paso fue colocarse en la línea de hombres frente a la oficina de empleos de la fábrica, donde se le unieron trabajadores de otros oficios, que habían sufrido la misma experiencia. Así, la producción mecánica, que no podía adelantar sin disponer de una gran reserva de fuerza de trabajo, se aseguró todo el que necesitaba, arruinando al artesano manual. Y, así vino también a existir la clase de trabajadores desposeídos, la cual, con la acumulación del capital, fue esencial para el capitalismo industrial.

Cuando ocurrió la revolución en los modos de producción y cambio, la cual hemos llamado el tránsito del feudalismo al capitalismo, ¿qué aconteció a la vieja ciencia, al viejo Derecho, al viejo Gobierno, a la vieja educación, a la vieja religión? Cambiaron también, tenían que cambiar. La práctica del Derecho, modelo 1800 D. C., era completamente diferente a la práctica del Derecho modelo 1200 D. C. Lo mismo pasó con la enseñanza religiosa. Un mundo dominado por los comerciantes, los manufactureros y los banqueros, requería una serie de preceptos religiosos, diferentes de los del mundo dominado por los clérigos y los guerreros. En una sociedad donde el objeto del trabajo era meramente tener un medio de vida para uno y la familia, la Iglesia podía denunciar a los que lograban ganancias; pero en una sociedad en que la fi-

nalidad primaria del trabajo era el lucro, la Iglesia tenía que actuar de un modo distinto. Y si la Iglesia Católica, engranada en una economía feudal, en la que el artesano solamente se ganaba la vida, no podía cambiar sus enseñanzas con bastante rapidez, adaptarse a una economía capitalista en la que se trabajaba por el afán del lucro, la Iglesia Protestante pudo hacerlo y lo hizo. La Iglesia Protestante se dividió en muchas sectas, pero en todas ellas en un grado u otro, el capitalismo interesado en adquirir y medrar, encontraba buena acogida.

Veamos los Puritanos, por ejemplo. Mientras los legisladores católicos advertían que el camino de la riqueza podía ser también el camino del infierno, el Puritano Baxter decía a sus seguidores que a menos que aprovechar sus oportunidades para hacerse ricos, no estaban sirviendo a Dios. «Si Dios os muestra una manera por la cual podéis legalmente ganar más que de otra (sin daño para vuestra alma ni para la de otros) y rehusáis esto y preferís la vía menos lucrativa, rehusáis uno de los fines de vuestro deber y el ser servidor de Dios y rehusáis aceptar sus Dones y usarlos en su Nombre cuando así El lo desee; podéis trabajar para ser ricos, para Dios, aunque no para la carne y el pecado».

Veamos los Metodistas. Wesley, su famoso líder, pudo escribir: «No debemos impedir al pueblo ser diligente y frugal; debemos exhortar a todos los Cristianos para ganar todo lo que puedan y ahorrar todo lo que puedan, lo que, en efecto, es ser ricos».

Veamos los Calvinistas. La Reforma Protestante fue en el siglo XVI, la época en que las oportunidades para la acumulación de capital tan necesario para la ulterior producción capitalista en gran escala, fueron mayores que nunca antes. Las enseñanzas de Calvino fueron particularmente amoldadas al espíritu de empresa capitalista. Donde la Iglesia Católica proclamó que veía con sospecha al comerciante cuyo afán de lucro era un pecado, el Protestante Calvino escribió: «¿Qué razón hay para que el

ingreso de los negocios no sea mayor que el del cultivo de la tierra? ¿De dónde viene la ganancia del comerciante si no es de su diligencia y de su industria?». No nos extrañemos de que el Calvinismo llegase a ser el credo de la naciente burguesía.

En los Estados Unidos se conoció mejor a los Puritanos, los partidarios de Calvino que se establecieron en la Nueva Inglaterra. Los libros norteamericanos de Historia cantan alabanzas de aquella vigorosa secta, el objeto de cuya vida era la glorificación de Dios. Sabemos cómo tendieron a ese fin llevando una vida disciplinada en la cual el trabajo esforzado y el ahorro eran lo deseable y el lujo, la extravagancia y la ociosidad lo indeseable. Pensemos un momento sobre esto, desde un ángulo diferente. ¿Qué cualidades pueden ser más apropiadas para un sistema económico en el que la acumulación de riquezas, de un lado y los hábitos constantes de trabajo, de otro, fueron las piedras fundamentales, de esos mismos ideales religiosos convertidos en práctica diaria por los seguidores de Calvino? Fue mejor cristiano aquel hombre cuyas actividades fueron las más adecuadas a la adquisición de riqueza, al espíritu del capitalismo.

Benjamín Franklin es un ejemplo destacado de uno en quien ese espíritu estuvo más vivo. En su *Almanaque del Pobre Ricardo* puso en simples frases hogareñas la clave Puritana para la mejor vida del virtuoso:

«Ningún hombre fue glorioso, si no fue laborioso.
«Esperanzas de ganar, menos llorar.
«Cuida tu tienda y tu tienda te cuidará.»

Y en sus *Consejos a los Jóvenes Comerciantes*:

«En resumen, el camino de la riqueza, si Ud. lo desea, es tan llano como el camino del mercado. Depende principalmente de dos palabras: *industria* y *frugalidad*; esto es, no desperdiciar ni *tiempo* ni *dinero*. El que gana todo

lo que puede, honradamente, y ahorra todo lo que puede, ciertamente llegará a *rico*».

Este es el espíritu capitalista. Para los calvinistas, esa enseñanza no fue un consejo en el sentido ordinario del vocablo, sino un ideal de conducta cristiana. El mejor medio para trabajar por la gloria de Dios, fue poner en práctica esa enseñanza.

La próxima vez que alguien diga que «es de la naturaleza humana» el afán de lucro, se le podrá demostrar cómo este afán devino «naturaleza» humana. Muéstrele cómo el ahorro y la inversión, prácticamente desconocidos en la sociedad feudal, lentamente se convirtieron en lo que hay que hacer en la sociedad capitalista, para la gloria de Dios. De manera que cuando llegó el siglo XIX, «Ahorrar e invertir se convirtieron inmediatamente en el deber y la delicia de una extensa clase. Raramente se retiraban los ahorros y, así, acumulándose con interés compuesto, hicieron posibles los triunfos materiales a los que estamos acostumbrados. La moral, la política, la literatura y la religión de la época se unieron en la gran conspiración para promover el ahorro. Dios y Mammon se reconciliaron. Paz en la Tierra a los hombres de buenos recursos. Un rico puede, después de todo, entrar en el Reino de los Cielos, si sólo ha ahorrado».

La acumulación de capital, que vino del comercio, más la primitiva existencia de una clase trabajadora desposeída, marcó el principio del capitalismo industrial. El sistema de fábricas resultó de la acumulación de mayores riquezas. Los propietarios de éstas hicieron creer que era suvo el Reino de los Cielos si ellos ahorraban y volvían a invertir sus ahorros, reinvertiendo su capital otra vez en las fábricas. Así fue cómo el sistema moderno, tal como lo conocemos, llegó a ser lo que es.

CAPÍTULO XV

LA REVOLUCION EN LA INDUSTRIA, LA AGRICULTURA Y LOS TRANSPORTES

Los periódicos de hace 150 años no publicaban dibujos de «Créalo o No Lo Crea», con su historia gráfica de acontecimientos increíble. Si lo hubiera hecho, el *Birmingham Gazette*, del 11 de marzo de 1776, habría tenido donde colocar esta asombrosa noticia: «El viernes pasado una Máquina de Vapor construída sobre los nuevos principios de Mr. Watt, fue puesta a trabajar en la Mina de Carbón de Bloomfield... en presencia de un Número de Caballeros Científicos cuya Curiosidad fue excitada por ver los primeros movimientos de una Máquina tan singular y poderosa... por este Ejemplo las Dudas de los Inexpertos son disipadas y la Importancia y Utilidad de la Invención finalmente decidida. (Fue) inventada por Mr. Watt... después de muchos Años de Estudio y una gran variedad de costosos y laboriosos experimentos».

Para 1800 la «Importancia y Utilidad de la Invención» de Mr. Watt era tan clara para los ingleses, que ya estaba en uso en 30 minas de carbón, 22 minas de cobre, 28 fundiciones, 17 cervecías y 84 telares de algodón.

La invención de las máquinas para hacer el trabajo del hombre era una historia muy vieja. Pero al adaptarse la maquinaria al vapor, vino un importante cambio en el método de producción. Porque el advenimiento de las má-